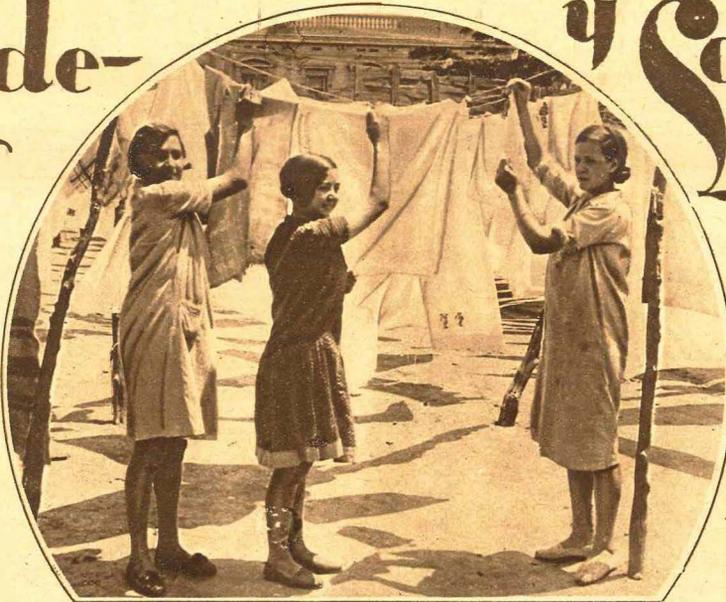


Lavade- ros

y Lavandē ras

AYER Y HOY

HACE algunos años, cuando en Madrid se empezaron a llevar a cabo las magníficas obras de saneamiento que hoy son orgullo y gala de los madrileños, los lavaderos eran muchos y, por consiguiente, creciendo también el número de las mujeres que se dedicaban al penoso trabajo de dar esplendor a las encofetadas pecheras de nuestros gallardos antepasados, y a otras prendas de uso diario y preciso. El lavadero de Santa Catalina, el de Las Ventas, los del Norte, el de Frascuelo, Santa Juliana y otros, se abarrotaban diariamente, sin contar con que ambas riberas del caudaloso Manzanares, desde las proximidades del Pardo hasta el famoso puente de los Franceses, en la China, servían de económico, si que también de incómodo lavadero. Reformado el viejo Madrid y canalizado el aprendizaje de ríos que serpentea en las afueras de la Villa y Corte, lavanderas y lavaderos disminuyeron gradualmente, pues las necesidades y los tiempos iban variando con las circunstancias que exigían caminos cortos, métodos



Tres lavanderas adolescentes tendiendo la ropa.

posible, pues, salvo excepciones, el agua llegaba—cuando llegaba—a los pisos; pero se quedaba en una fuente común situada en el respectivo corredor, adonde era preciso ir a acarrearla. Mas no fué esto óbice para que el oficio al que nos referimos, dejase de prosperar. Los lavaderos aumentaron hasta veinticinco y el número de obreras fué exorbitante, influyendo en tal exceso la particularidad de que hasta

sobre todo en los sitios en los que se necesitaba la ropa lavada y seca en el día. Los antiguos lavaderos no reunían estas cualidades características de las máquinas, y su desaparición coincidió y contrasta con el aumento de éstas.

Hoy día, en Madrid al menos, son pocos los lavaderos que subsisten y los que restan son deficientes en lo que a las necesidades de los tiempos respecta.

Deseosos de dar a conocer a los lectores de ESTAMPA detalles de la situación actual de ellos y de las mujeres dedicadas a este oficio, luego de visitar los más importantes lavaderos, interrogamos al administrador de uno y, acto seguido, a un nutrido grupo de sim-

páticas profesionales.

Don Lucilo Fernández, encargado del lavadero de Santa Catalina, en la Ronda de Atocha, nos informa:

—En la actualidad esto ya no es negocio—dice. Y añade—: Antes, sí. En esta misma calle tuve otro, cerca de los Salesianos. ¡Aquel sí que era un gran lavadero! Teníamos máquinas para secar: casi las primeras que se trajeron a España. En los días de má-



Es penoso el trabajo de estas mujeres, y, sin embargo, no han perdido el buen humor y saben reírse mirando al objetivo del fotógrafo.

(Fotos Contreras y Vilaseca.)

nuevos, procedimientos rápidos. La generalidad de las casas antiguas estaban construidas con no muy escrupulosas miras higiénicas, atendiéndose únicamente a la sólida sustentación de sus muros.

Cuando beneficiosas corrientes implantaron en la capital de España una nueva organización sanitaria, las casas empezaron a poseer, en cada cuarto, un W. C.; después, fuente en cada cocina, hasta que, un poco antes que el baño en su cuarto de aseo, se construyeron las pilas, siendo fácil el lavado casero.

Hasta entonces esa operación había resultado im-

posible, pues, salvo excepciones, el agua llegaba—cuando llegaba—a los pisos; pero se quedaba en una fuente común situada en el respectivo corredor, adonde era preciso ir a acarrearla. Mas no fué esto óbice para que el oficio al que nos referimos, dejase de prosperar. Los lavaderos aumentaron hasta veinticinco y el número de obreras fué exorbitante, influyendo en tal exceso la particularidad de que hasta

Concluida la gran guerra, sabios, inactivos en sus laboratorios, preocupáronse en perfeccionar las ya inventadas máquinas de lavar a vapor, propagándolas después por todo el mundo; obteniendo, como tantos otros productos lanzados por la ciencia en la tranquilidad de los años de paz, una general aceptación,

movimiento, que son lunes, martes y miércoles, se reunían más de setecientas mujeres que, en un solo día, lavaban, en total, unas cuatro mil prendas, contando grandes y pequeñas. Cobrábamos entonces a veinte y a real las pilas... Se hacían, se hacían pesetas.

—¿Y hoy?—inquirimos.
—Hoy... ¡Bah! Hoy cobramos a cuarenta y a dos reales el alquiler de cada pila y apenas nos podemos sostener. Ya no es negocio.

—Y esas máquinas—le interrogamos—, ¿cree usted que les ha perjudicado?

Estampa

—¡Qué sé yo! Puede ser; pero... ¡lavan tan mal! Hay que desengañarse: no puede ser igual el trabajo manual que el ejecutado por un montón de palancas y tornillos. Claro que eso que dicen ustedes puede haber influido...

—¿Cuántos lavaderos funcionan en Madrid?

—En números cabales, no lo sé. Diez a lo sumo. Pero lavaderos de verdad... no llegan a dos.

—¿Y en los buenos tiempos?

—En los buenos tiempos, muchos, muchísimos.

—¿Una cifra?

—Veinte; quizá treinta: no sé.

Un grupo de lavanderas, con enormes bultos blancos a la cabeza, irrumpen en el lavadero. Aprovechando una coyuntura favorable, comenzamos un interrogatorio indirecto, no sin antes haber visitado el local, en el que la humedad penetra hasta la médula.

Las operaciones de que consta el lavado de una prenda son las siguientes: Primero, se la empapa en agua clara; acto seguido, se la da bien de jabón y se la restringe con cepillo; hecho esto, se lleva a cabo lo que se llama «la colada», que consiste en echarla en agua caliente y lejía; se aclara después, hasta que, por último, se tiende. Pero ello ha de ser al siguiente día, si se quiere que quede bien.

Ya en plena entrevista, nuestras interrogaciones se suceden: ¿...?

—¿Ganan? Cinco pesetas los días que trabajamos, que no son todos, y no porque no queramos más: otras. Además, hay que descontar de esas cinco pesetas, jabón, lejía, agua caliente, alquiler de pila, cubos...

—¿Entonces, no pueden vivir con lo que ganan?

Después de algunos comentarios, a duras penas, seguimos nuestra labor:

—¿De no ser lavanderas, qué quisieran ser?

—Yo, bailarina.

—Yo, peliculara.

—Millonaria.

—Guardia de la porra.

La conversación declina por distintos caminos. Ya en franca confidencia, ante nuestras interrogaciones, las obreras charlan animadamente, sin descanso, comentándolo todo y rogándonos que digamos a los lectores su difícil situación, que es, a veces, angustiosa.

Hacemos la última pregunta.

—¿...?

—Si; las máquinas, digan lo que digan, no pueden lavar como nosotras; es imposible. Ellas no ven las manchas, ni las deficiencias de la ropa, ni la clase. No, no sirven, no valen; no pueden valer.

Continúan todas charlando a la vez, discutiendo acerca de las máquinas; pero lo hacen de una forma que claramente deja traslucir cierto desprecio, análogo al odio del rival vencido, que no

quiere confesar su derrota y no le restan armas para combatir.

MANUEL PASO ANDRES.

MANUEL IZQUIERDO SANCHEZ



Grupo de lavanderas y de rapaces en la gran solana de un secadero a orillas del Manzanares.

(Foto Contreras y Vilaseca.)

—¡Imposible! Trabajamos para ayudar a nuestros maridos o a nuestros hijos, y así, unos con otros, vamos viviendo.

—¿Cómo ganan más, trabajando en las casas o en estos locales?

—En las casas, porque allí somos una y los amos siempre tienen consideración; lo contrario que ocurre aquí, que como somos *tantismas*...

—¿No existe entre ustedes una Asociación que las ayude en caso de enfermedad, accidente o desgracia familiar?

—No.

—¿Es dura la tarea?

—Penosísima, sobre todo, en invierno. La mayoría, cuando llevamos algún tiempo trabajando, ya se sabe, en seguida el reuma y la gota. La gota con más frecuencia. Cuando ya no servimos *pa ná*, nos vamos a vivir con los hijos, y si los hijos no nos quieren tener, que de todo hay, pues—¿qué remedio?—, al Asilo de Lavanderas.

—¿Cuál es el número mayor de lavanderas que suelen reunirse en este sitio?

—Unas doscientas.

—¿Qué número de prendas lava cada una?

—Según. Si son calcetines, muchos; si son toldos, dos a mucho tirar, y si hay tamaños intermedios, hasta cincuenta.

—¿Cuántas horas trabajan?

—Pues desde las ocho y media de la mañana hasta que no se ve.

—¿Qué tiempo se invierte en el lavado de una prenda?

—Según la prenda que sea.

—Una sábana—concretamos.

—Un cuarto de hora, corto.

—¿Y un pañuelo?

—Un minuto.

Nos apartamos un poco de las cuestiones profesionales, y preguntamos si debe ser suprimido el piropro. La contestación es rápida:

—¡Ah! ¿Pero quieren suprimir el piropro? Pues que me perdonen si es que nos metemos en cosas que no nos importan; pero eso no debe ser. Sería quitar a Madrid algo que es de Madrid; es como si prohibiesen la entrada en el Retiro o en la Parada. Pues así que no alivia *na* eso de que vayas por ahí, *fatigá*, después de un día de trabajo, y que te digan, respetuosa y cortésmente: «¡Eso son andares sandungueros, y no los de mi tía segunda, que *tié* las viruelas!»



Odeon

LA PARRANDA
(MARCOS REDONDO)

LA MARCHENERA
(SUPERVIA Y FELISA HERRERO)

LA ORGIA DORADA
LOS FAROLES

¡ABAJO LAS COQUETAS!

en portentosos discos eléctricos

Odeón

AGENCIAS EXCLUSIVAS

PRECIADOS. I - AVENIDA PI MARGALL. II
PELIGROS. 14.

SALGADO S.A.
VILCHESEVILLA
Dirección y Oficinas
REINA, 45 D. MADRID

PURO DE OLIVA
GARANTIZADO
ESPECIAL
UCA

EL ACEITE DE CALIDAD
INSUPERABLE